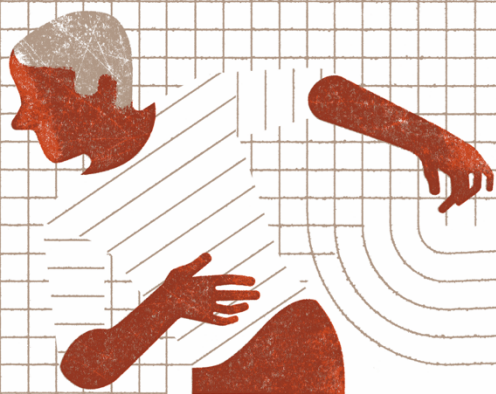


Historias de la DANA

Memorias de un octubre que nos cambió

David Bayona Cuallado
Edgar Granell Miguel





1ª Edición

Octubre, 2025

València, España

Branta Editores

Branta Desarrollo, S.L.

ISBN 978-84-127508-2-9

Depósito Legal V-4186-2025

Ilustración de portada: Juárez Casanova Estudi

Ilustración de interior: Isidro Ferrer

Agradecimientos

Este libro no existiría sin la fuerza de quienes decidieron contar, recordar y compartir. A todas las personas que abrieron su memoria para convertir el dolor en palabra, la incertidumbre en relato, y la pérdida en testimonio, gracias.

A Plataforma del Tercer Sector, por impulsar un trabajo incansable de incidencia política con el Gobierno de España, logrando que las necesidades reales de las personas y territorios afectados por la DANA fueran escuchadas y atendidas. Gracias a ese diálogo, el Ministerio de Derechos Sociales, Consumo y Agenda 2030 aprobó una subvención directa recogida en el Real Decreto-ley 7/2024, de 11 de noviembre, que permitió proteger a los colectivos más vulnerables en los municipios incluidos en el Real Decreto-ley 6/2024, de 5 de noviembre.

A la Fundación “la Caixa” por su colaboración.

A Unió Pobles Solidaris, por hacer real este proyecto, por confiar en la palabra como herramienta de reconstrucción, y por promover esta iniciativa con el corazón puesto en la gente.

A Sílvia Casanova y Javier Juárez, de Juárez Casanova Estudi, por no dudar ni un segundo en cedernos la maravillosa ilustración de la muestra Dana Gràfica para la portada de este libro. Su gesto generoso y su arte nos han permitido vestir estas páginas con belleza y memoria.

A Isidro Ferrer, porque del mismo modo, se mostró entusiasmado en que su diseño pudiera estar vinculado y ligado a este proyecto.

A Vicente José Bayona, Pedro Ciurana, Laia Tatay, Luis Miguel Corredor, Raúl Mota, Jéssica Bayona, Laura Casanova, Elías Taño, a Andrea García, a Álex.M y a la vecina de Albal que compartió su historia con generosidad. Gracias por el coraje, por la verdad, por querer pasar la palabra. Sin vosotras y vosotros, este libro sería solo páginas en blanco.

Este libro se dedica, con respeto y con amor, a todas las personas que perdieron la vida durante la DANA. Que sus nombres no se borren, que sus historias nos acompañen, y que su ausencia nos recuerde siempre lo que está en juego.

Sobre la entidad y el proyecto

Unió Pobles Solidaris se define como una Asociación antirracista e internacionalista que tiene entre sus fines principales el apoyo y acompañamiento a las personas vulnerables. En este proyecto, nos centramos en las personas afectadas por la Depresión Aislada en Niveles Altos (DANA) en octubre de 2024.

El proyecto DANA UPS se desarrolló en varios municipios especialmente golpeados por el temporal: Alfafar, Alginet, Benetússer, Beniparrell, Bétera, Llocnou de la Corona, Vilamarxant, Catarroja y las pedanías de València (como Castellar-l'Oliveral y Forn d'Alcedo). Su enfoque fue integral, comunitario y participativo, y comprendió diversas acciones que pusieron en el centro a las personas afectadas:

Oficina móvil de asesoramiento

Una unidad itinerante recorrió los municipios para ofrecer información y orientación directa sobre las ayudas disponibles tras la DANA. Este servicio permitió acercar el acompañamiento institucional a quienes más lo necesitaban, facilitando el acceso a recursos y resolviendo dudas en el propio territorio.

Desarrollo de dos guías prácticas

Se elaboraron dos materiales de apoyo pensados para ser herramientas útiles, cercanas y transformadoras:

- Guía de Resiliencia frente a Desastres y Gestión del Estrés Climático: dirigida a personas afectadas, profesionales y comunidades locales, con

contenidos sobre autocuidado emocional, redes de apoyo, primeros auxilios psicológicos y estrategias para afrontar el impacto de fenómenos extremos.

- Guía de Emprendimiento Social en Contextos de Crisis Climática: pensada para quienes perdieron sus medios de vida y buscan reconstruir desde la iniciativa personal y colectiva, con recursos, ejemplos inspiradores y orientación práctica.

Formación online para la recuperación

Se diseñaron y ofrecieron tres cursos virtuales gratuitos, dirigidos a personas afectadas por la DANA, con el objetivo de fortalecer capacidades personales, emocionales y económicas:

1. Resiliencia Personal y Comunitaria
2. Gestión del Estrés Postraumático
3. Emprendimiento como Herramienta de Recuperación

Recogida de testimonios

Como parte del proyecto, se realizaron dos grupos focales en Catarroja y Forn d'Alcedo, además de un formulario online abierto a todos los municipios de actuación. El objetivo fue recoger las voces, vivencias y emociones de quienes vivieron la DANA, para construir este libro colectivo que honra la memoria, la resiliencia y la dignidad de las personas afectadas.

Todas estas actuaciones, se han desarrollado para de manera integral y conjunta, poder aportar un pequeño grano de arena a esta reconstrucción.

Prólogo

Hay días que no se olvidan. Días que no se archivan en la memoria como una fecha más, sino que se quedan suspendidos en el tiempo, como una herida abierta, como una pregunta sin respuesta. El 28 y 29 de octubre de 2024 fueron esos días. La DANA —esa palabra que aprendimos a pronunciar con miedo— se desató sobre la Comunitat Valenciana, Castilla-La Mancha y Andalucía con una violencia que no estaba en los pronósticos, ni en los planes, ni en los corazones.

Las lluvias torrenciales, las inundaciones súbitas, el barro que lo cubrió todo, dejaron tras de sí una devastación que no fue solo material. Fue emocional, comunitaria, silenciosa. Porque cuando el agua se retira, lo que queda no siempre se ve: el miedo, la pérdida, la incertidumbre, la soledad. Pero también queda algo más: la memoria. Y este libro nace precisamente de ahí, de esa necesidad de recordar, de contar, de compartir.

Historias de la DANA es un libro colectivo. Un espacio de palabra donde quienes vivieron la catástrofe en primera persona —o acompañaron a quienes la vivieron— han decidido alzar la voz. Aquí no hay cifras ni informes técnicos. Hay relatos humanos, reales, diversos. Hay casas que se inundaron, coches que desaparecieron, negocios que se perdieron. Pero también hay abrazos, intuiciones, gestos que salvaron vidas, vecinos que se convirtieron en familia, comunidades que se levantaron desde el barro.

Las historias que aquí se recogen fueron compartidas en grupos focales realizados en Catarroja y Forn d'Alcedo, y también a través de un formulario online que permitió llegar a municipios como Alfafar, Alginet, Benetússer, Beniparrell, Bétera, Llocnou de la Corona, Vilamarxant y las pedanías de València. Cada testimonio es un acto de generosidad. Cada palabra escrita es una semilla de memoria. Y todas juntas forman un paisaje emocional que merece ser leído, escuchado, cuidado.

Este proyecto ha sido posible gracias al impulso de Unió Pobles Solidaris, que por tercera vez apuesta por la palabra como herramienta de reconstrucción comunitaria. Y gracias al trabajo de incidencia política de la Plataforma del Tercer Sector, que logró articular medidas urgentes con el Gobierno de España para atender las necesidades reales de las personas afectadas. Como resultado de ese diálogo, el Ministerio de Derechos Sociales, Consumo y Agenda 2030 aprobó una subvención directa recogida en el Real Decreto-ley 7/2024, de 11 de noviembre, que permitió dar forma a este libro y a muchas otras acciones de protección social. También la colaboración de Fundación “la Caixa” fue determinante para el conjunto del proyecto.

Pero más allá de las instituciones, este libro pertenece a quienes lo habitan. A Vicente José Bayona, Pedro Ciurana, Laia Tatay, Luis Miguel Corredor, Raúl Mota, Jéssica Bayona, Laura Casanova, Elías Taño, Andrea García, a la vecina de Albal que compartió su historia, y a todas las personas que decidieron convertir su experiencia en palabra. Gracias por el coraje, por la verdad, por querer pasar la voz.

Este libro no pretende cerrar una etapa. Pretende abrirla. Abrir espacios de conversación, de escucha, de reconocimiento. Porque la resiliencia no es un don individual, sino una fuerza colectiva que se construye con redes de apoyo, con memoria compartida, con palabras que se dicen y se escriben.

A quienes perdieron su casa, su trabajo, su tranquilidad. A quienes perdieron a alguien. A quienes aún no han podido volver. A quienes ayudaron sin preguntar. A quienes contaron su historia. A quienes aún no pueden hacerlo.

Este libro es para vosotras. Este libro es por vosotras.

Nota aclaratoria

Las historias que conforman este libro han sido compartidas por personas que vivieron la DANA de octubre de 2024 en primera persona o acompañando a quienes la sufrieron. Los autores de esta publicación han trabajado cada testimonio con cuidado, transformándolo en relato literario sin alterar su esencia ni su verdad.

Este libro no es una obra de ficción. Es una obra de memoria. Los textos aquí recogidos reflejan las vivencias, emociones y perspectivas de quienes decidieron contar. Por ello, el equipo editorial no se responsabiliza del contenido de los relatos, ni de las opiniones expresadas en ellos, que pertenecen exclusivamente a sus protagonistas.

Nuestro único propósito ha sido dar forma, voz y respeto a cada historia, para que ninguna quede en el olvido.

ÍNDICE

<i>El agua no entiende de puertas</i>	<i>19</i>
<i>El día que el agua lo cambió todo.....</i>	<i>27</i>
<i>La noche que Valencia se quedó sin respuestas.....</i>	<i>35</i>
<i>Cuando todo se inunda.....</i>	<i>43</i>
<i>Un hogar de barro.....</i>	<i>51</i>
<i>De como el pueblo salvó al pueblo.....</i>	<i>63</i>
<i>La carretera del silencio.....</i>	<i>71</i>
<i>El muro vencido.....</i>	<i>79</i>
<i>Algrà, refugio creativo</i>	<i>87</i>
<i>El rugido de Algarrama.....</i>	<i>93</i>
<i>Con el agua al cuello</i>	<i>103</i>

El agua no entiende de puertas

Por Pedro, Castellar-Oliveral

Al principio, nadie pensaba que fuera para tanto. El cielo se oscurecía, pero la lluvia no hacía su aparición, nada hacía pensar lo que venía...

Recuerdo estar en casa, mirando por la ventana cómo el agua empezaba a acumularse en la calle. Comentábamos entre nosotros que era mucha, sí, pero que no pasaría de ahí. Que en unas horas todo volvería a la normalidad. Pero la normalidad se rompió en cuestión de minutos.

El agua comenzó a subir. Primero por los desagües, luego por las puertas. Intentamos contenerla con lo que teníamos a mano: maderas, mantas, toallas. Pero era inútil. La fuerza con la que entraba era descomunal. En poco tiempo, la casa estaba inundada. El agua nos llegaba a las rodillas y seguía subiendo. No había tiempo para pensar, solo para actuar.

Corrí por la casa intentando salvar lo que podía. Subí cosas a lo más alto, creyendo que allí estarían a salvo. Documentos, fotos, recuerdos. Pero llega un momento en que entiendes que no puedes salvarlo todo. Que lo importante no cabe en una estantería. Que la vida pesa más que cualquier objeto.

Decidí abandonar la casa. No por miedo, sino por instinto. Sabía que si me quedaba, podía ser peor. Al salir, vi un perro flotando sobre un bidón de plástico. Estaba solo, desorientado. Lo rescaté y lo llevé con su dueño, que no podía alcanzarlo. En medio del caos, ese gesto me recordó que aún podíamos cuidarnos unos a otros.

Las calles eran un río. La gente caminaba con el agua por la cintura, con la mirada perdida. Algunos lloraban, otros simplemente avanzaban en silencio. Vi vecinos abrir sus puertas para acoger a quienes lo habían perdido todo. Vi manos tendidas, palabras de consuelo, abrazos que no necesitaban explicación.

Nos quedamos sin luz. Sin cobertura. Sin forma de saber si nuestros seres queridos estaban bien. Pasé horas en el balcón, viendo cómo flotaban los coches, los contenedores, los muebles.

Todo lo que antes formaba parte de nuestra rutina ahora era parte del desastre. Dormí apenas dos horas esa noche. Los nervios no me dejaban cerrar los ojos. Y cuando amaneció, el agua seguía ahí. Como si el tiempo se hubiera detenido.

Lo primero que hice fue salir a buscar a mi familia. Con el agua por encima de la cintura, recorrí calles, esquivé obstáculos, saludé a desconocidos que caminaban igual que yo, con la misma urgencia. Algunos me contaban que habían perdido todo. Otros simplemente asentían, como si no tuvieran fuerzas para hablar.

Intentamos llegar a las afueras para conseguir comida y agua. No sabíamos cuánto iba a durar aquello. La incertidumbre era tan pesada como el barro que empezaba a cubrirlo todo. Porque cuando el agua por fin se retiró, lo que quedó fue una capa espesa de lodo, de suciedad, de destrucción.

Y entonces llegaron ellas. Las personas voluntarias. Gente de todas partes de España. Con sus manos, con su tiempo, con su corazón. No las conocíamos, pero se convirtieron en parte de nuestra historia. Nos ayudaron a limpiar, a recuperar lo poco que

quedaba, a volver a creer que era posible salir adelante. A ellas, siempre les estaremos agradecidos.

Pasaron los días. Luego las semanas. Y aunque la vida intentaba volver, nada era igual. Las casas seguían en obras. Los coches seguían sin ser retirados. Las calles aún mostraban las heridas. Y nosotros, aunque de pie, seguíamos rotos por dentro.

Han pasado diez meses y aún no hemos recuperado nuestras vidas. Pero seguimos adelante. Porque aprendimos que lo material se puede perder, pero la solidaridad, la empatía, el amor por los demás, eso no se lo lleva ninguna tormenta.

Contar esta historia no es fácil. Pero es necesario. Porque lo que vivimos no puede quedar en el olvido. Porque necesitamos que se escuche nuestra voz. Porque, si vuelve a pasar, queremos estar preparados. Queremos que se actúe, de otra manera. Que no se repita el abandono. Que no se repita el silencio.

Y sí, aprendí algo. Aprendí que en los momentos más oscuros, la gente brilla. Que los vecinos y las vecinas se convierten en familia. Que un gesto puede cambiar un día entero. Pero también

aprendí que quienes deberían protegernos no siempre están a la altura. Que hay personas que, con sus promesas vacías, no entienden lo que es perderlo todo.

Espero que esta historia sirva para algo. Para que se escuche. Para que se actúe. Para que, si alguna vez vuelve a llover así, no nos pille solos. Porque el agua no entiende de puertas, pero nosotros sí entendemos de humanidad.

El día que el agua lo cambió todo

Por Jéssica, Castellar-Oliveral (València)

Recuerdo que ese martes tenía una ecografía a las seis de la tarde. Estaba embarazada de mi segundo bebé y no podía estar más feliz. Entramos puntuales al hospital y, sobre las siete, volvía por la V-30 con una sonrisa que no me cabía en la cara: iba a tener un niño. La emoción me desbordaba. Al llegar a casa, mis suegros trajeron a mi hija de tres años y nos pusimos a contarle la noticia. Fue un momento mágico.

Pero la magia duró poco.

Cerca de las ocho, a mi marido le sonó el móvil. Era su hermano. Le contó que el barranco de Catarroja se había desbordado. Él y mi cuñada habían intentado sacar los coches del garaje, pero el agua los atrapó. Salieron por las ventanas con el agua al cuello. Estaban a salvo, gracias a unos bomberos. Me entró la risa nerviosa. “¿Pero qué dices?”, le solté. No entendía nada. Miraba por la terraza y el cielo estaba despejado.

Entonces el grupo de WhatsApp de amigos empezó a arder. Vídeos del puente de Paiporta cayendo, Catarroja inundada, un repartidor rescatado con el agua cubriendo el capó del camión. No podía creerlo. Mi hija se quedó dormida encima de mí en el sofá. La acosté y, al salir al comedor, sonó una alarma de emergencia. Terrible. Irritante. Inquietante.

Los vídeos seguían llegando. Sedaví, Alfafar, Benetússer... Y de pronto, el pensamiento que me heló la sangre: “Va a llegar. Va a llegar a Castellar. Se va a inundar.”

El primer vídeo de nuestra calle mostraba un riachuelo. Mi marido, curioso, bajó a verlo. Subió al rato diciendo que iba a mover los coches a un sitio alto. Le grité: “¡No bajes más! ¡Deja los malditos coches donde estén!” Ya había visto vídeos de gente fallecida. El miedo me paralizaba.

Pensé en mis padres, mis abuelos, mi hermano. ¿Dónde estaban? ¿A qué hora salieron de trabajar? ¿Estaban a salvo? El grupo de WhatsApp familiar también ardía. Todos estaban bien,

menos mi hermano, atrapado en su trabajo en Picassent. Pero estaba seguro.

A las diez de la noche, el agua cruzaba la pista de Silla. Estaba llegando. Me asomé a la ventana. Un fino riachuelo marrón apareció. Rápido. Muy rápido. Bajamos corriendo a por el carro de la nena y sus juguetes. Mi hija se despertó y no se calmaba con su padre, así que entré yo. No estuve más de quince minutos, pero al salir, el mundo había cambiado.

Sirenas. Cristales rotos. Persianas metálicas reventadas. Me asomé de nuevo: más de metro y medio de agua en la calle. El garaje de enfrente expulsaba agua por las ventanas. Subí a la terraza. La corriente arrastraba contenedores, motos, muebles. Era surrealista.

El miedo me invadió. Preparé dos mochilas: una con lo esencial para mi hija, medicinas, barritas, y la mochila de porteo. Otra con latas para los gatos. Las dejé junto a la terraza, por si teníamos que huir por los tejados. Pusimos los papeles importantes en el altillo. A las dos de la madrugada me fui a dormir. Mi marido se quedó haciendo turnos en la escalera, vigilando el nivel del agua.

A las seis de la mañana, los dos estábamos asomados a la ventana. Era un río marrón. Otra alarma sonó. No recuerdo ni por qué. Tuve que explicarle a mi hija que ese día amanecía en un infierno. Le pinté lo que pasaba de la mejor forma posible.

Vi a mi vecino de abajo, con el agua por la cintura, desencajado. No se atrevía a entrar a su casa. Por la tarde, con una bomba, lograron bajar el nivel del agua. Salimos todos. En mi escalera, una pared caída y escalones rotos. Nada más. Pero la casa de mis vecinos, con una niña de la edad de la mía, estaba totalmente inundada.

El portal de enfrente tenía la puerta rota por la presión del agua. Eso era lo que escuché aquella noche. Todos con la cara desencajada. No era posible lo que veíamos. Coches amontonados, juguetes llenos de barro, el carro en el maletero destruido. Ayer volvía feliz en ese coche, hoy estaba inundado.

Pasamos dos días quitando barro en casa de los vecinos. Tiré toda la habitación de mi hija. Sus padres no se atrevían. Las calles estaban llenas de trastos, historias, hogares rotos. Como en “The Walking Dead”, pero en mi pueblo.

Después fuimos a casa de mis padres. Se acababan de mudar. La planta baja, llena de cajas. Mi madre lloraba. La caja con los recuerdos de su padre fallecido estaba inundada. Las cartas con su caligrafía, las únicas palabras que quedaban de él, eran papel mojado. Irrecuperables.

El parque donde jugaba mi hija, el horno donde compraba cada día, la joyería de mi suegra, la farmacia de toda la vida, la casa recién reformada de mi mejor amiga... Todo destruido.

Y lo peor: no había tiempo para pensar. Solo limpiar. Porque nadie venía a ayudar.

Pasaban los días y por la noche seguía teniendo pesadillas. Cristales rotos. El sonido de la persiana reventando. Nueve meses después, sigo leyendo los mensajes de WhatsApp para entender cómo fue todo. Mi psicólogo dice que es normal. Mi hija entra en pánico cada vez que llueve. Y, en parte, yo también.

Ojalá, como en “The Walking Dead”, todo fuera solo fruto de la mente de guionistas, una ficción, y no una realidad que nos ha tocado vivir y a la que podemos decir, hemos sobrevivido.

**La noche que Valencia se quedó sin
respuestas**

Por Andrea García, València

El 29 de octubre fue un día oscuro para muchas personas en Valencia. Por la mañana, como cada día, me levanté, fui a clase y expliqué geografía física a mis alumnos y alumnas de segundo de bachiller. Hablamos de los problemas de las zonas mediterráneas en otoño. Nunca imaginé que lo que enseñaba ese día se convertiría en realidad horas después.

Estaba preocupada por mi hijo. Al terminar, cogí un taxi hacia casa, en Horno de Alcedo. Hacía mucho viento, pero no llovía. Llegué sobre las dos y media, preparé la comida y vi que el toldo de la terraza se había roto. El viento no cesaba, así que decidí quitarlo antes de que saliera volando y dañara a alguien. No puse la tele. Mandé un mensaje al trabajo de mi hijo en Riba-roja: “Vente a casa, no trabajéis más y cerrad”.

A las seis y media, miré el móvil. Tenía un mensaje corto de mi hijo:

“Nos hemos inundado. Somos 15. El 112 no responde. Llama tú.”

Me quedé helada. ¿Cómo que inundado? ¡Si no llovía! Llamé a mi marido, que estaba en Valencia. Me dijo que sería una tubería rota, que en el instituto no se decía nada. Me prometió que cuando saliera iríamos al cuartel de la Guardia Civil de Alfafar. Pero algo no me cuadraba. Llamé yo. Nadie contestaba.

Llamé a mis hermanas. Una vive al lado, la otra en la avenida del Cid. Les conté lo del chiquillo. El 112 no existía. Me faltaba el aire. ¿Cómo nadie respondía? ¿Cómo iba a volver mi hijo si nadie sabía que estaba atrapado?

A las 20:11 llegó una alarma con un mensaje confuso: “Aléjense de los barrancos”. Yo vivo junto al cauce nuevo. ¿Qué significaba eso?

Mi marido me llamó. Algo pasaba. Me dijo que me preparara, que iríamos al cuartel. Menos mal que no vino por la pista de Silla. Lo hizo por el puerto y el Tremolar. Si no, se habría quedado atrapado.

Al llegar a la rotonda de Sedaví, la gente corría de un lado a otro como pollos sin cabeza. Le dije: “Vámonos a casa. Aquí está pasando algo muy grave”. Al bajar del coche, ya pisábamos agua. Un vecino ponía tablas en la puerta. Le pregunté si se había desbordado el río. Me dijo que no, pero que venía algo muy malo.

Pensaba en mi hijo. Me dio por llorar. El agua subía. Pusimos una madera en la puerta con dos macetones. Preparamos la escalera por si teníamos que ayudar a la vecina de 83 años. Vi a mi sobrino intentando doblar la esquina para venir a casa. Le grité que no lo hiciera, que se metiera por otra calle. La de mi hermana es la más baja. Acabaron justo detrás de mí. Podían pasar por las terrazas si era necesario.

Subí varias veces a la buhardilla. Los perros venían detrás. ¿Qué haríamos con ellos si el agua subía más? La gata llegó nadando. Pero lo peor era no saber nada de mi hijo. Sin luz. Sin batería. Solo quedaba algo en el portátil. Entré en Twitter y escribí:

“En el polígono de Riba-roja hay 15 trabajadores aislados. Por favor, no os olvidéis de ellos.”

A la una de la madrugada, alguien convirtió el tuit en un hilo de personas desaparecidas. Había muchos casos. Gente atrapada en gasolineras, supermercados, fábricas. Le dije a mi marido: “Esto es muy serio. Va a morir mucha gente.”

A través de una amiga en Facebook, conseguimos contactar con una conocida que estaba en otra fábrica. Ella nos iba informando de lo que pasaba en el polígono. A las tres de la mañana vimos luces pequeñas moviéndose por el agua. Era una barca de los bomberos rescatando a trabajadores en los tejados.

Cuando amaneció, el silencio era absoluto. Ni los pájaros cantaban. El agua se retiró, pero quedó el barro. Un palo de luz daba chispazos. Soledad. Miedo. Seguíamos sin luz, sin comida. Me dijeron que en una casa había electricidad. Pedí cargar el móvil. Ayudé a quitar barro mientras cargaba. Necesitaba saber algo de mi hijo.

Grabé vídeos del barrio. Coches arrastrados. Casas destrozadas. Que el mundo supiera cómo nos habíamos quedado. Un helicóptero sobrevolaba la pista. Había un tapón de coches. Nadie decía nada. Llamé a mi hermana. No había podido contactar

en toda la noche. Por la tarde me llamó: alguien pasaría por la empresa. Lo hicieron dos días después.

Mi hijo llegó cojo. Vino andando desde Valencia. Un compañero lo dejó allí. Nos contó que un camionero les encendió fuego para calentarse. Que la Guardia Civil no le dejaba entrar en Horno de Alcedo. Que pidió por favor. “¿Tú sabes dónde vas?”, le dijeron. Al final, uno lo dejó pasar. Traía chocolatinas. Aún lloro al recordarlo.

Cuando nos vio, lloramos todos. Tuvimos suerte.

Queda el recuerdo de vernos solos. Sin herramientas. Sin alimentos. Sin luz. En un país como España. Nunca lo habría imaginado...

Cuando todo se inunda

Por una vecina de Albal

Aquel día era extraño. Desde Albal, el cielo estaba negro hacia las montañas y soplaban ráfagas de viento inquietantes. A las 8:15 pregunté en el Facebook del ayuntamiento de mi pueblo y en el de Catarroja si iban a cerrar las escuelas, ya que la Universitat de València había cerrado por estar en alerta roja.

Al salir del trabajo aparqué bajo mi balcón y llamé a mi madre para que no saliera de casa. No llovía, pero en Alfarb había llovido a cántaros. Llamé a un compañero que vive allí para ver cómo estaban. Nos separa solo una montaña y los nubarrones eran caprichosos. Si la cruzaban, nos caería el agua a nosotros.

Avisé a mi hija para que no saliera tarde del trabajo, que hacía mal día. Me dijo que no me preocupara, que no llovía. Ella trabaja en el término de Aldaia, cerca del barranco.

¿Esperaba una barrancada? Pues sí. Albal es un pueblo de barrancadas. Las valencianas de Albal comienzan su canción hablando del año de las barrancadas. Los que somos del pueblo

conocemos la de La Magra por nuestros padres, que la oyeron de sus abuelos. Luego la del 57, y la del 2000 que afectó a La Rambleta de Catarroja. Esperaba una barrancada, pero como la del 2000...

Mirando a la calle, la gente empezó a mover los coches hacia Santa Anna y lugares altos, como cada vez que esperamos lluvia. Me quedé adormilada y de repente escuché ruido de agua. El grifo estaba cerrado, afiné el oído y el sonido venía de la calle. No había llovido en todo el día y veía llegar el agua desde el término de Paiporta hacia mi casa. Llamé a mi hija para decirle que no viniera, que estábamos anegados.

Mi hija se salvó cuatro veces de la muerte. Nunca he sufrido tanto por ella. Salió del trabajo y tuvo que cruzar un barranco que, gracias a un señor, no cruzó. Luego, escapando por la carretera de Aldaia a Albal, vio cómo el barranco se desbordaba justo cuando iba a incorporarse a la vía, y logró escapar. Después fue por el río hacia la pista de Silla y al ver a todos frenar, consiguió pasar por un túnel por Sedaví que minutos después se inundó. Finalmente llegó a la rotonda de los anzuelos sana y salva. Yo estaba al teléfono con ella y fue el peor momento de mi vida. Aún sueño que se ahoga.

Salí al balcón y el agua subía hasta alcanzar mi coche, que se movió un poco. En la calle, un vecino de los bungalows sacaba agua de su casa con una bomba mientras se inundaba la plaza entera. Eran miles de metros cúbicos de agua contra una bomba. Pensaba: pobre hombre, no tiene nada que hacer y es peligroso, si cae, el agua se lo llevará. Ya tenía el agua hasta la rodilla.

Mientras tanto, el garaje bajo la plaza donde vivimos se iba inundando y absorbía miles de metros cúbicos de agua. Creo que eso nos salvó un poco.

Mirando hacia abajo, veía cómo los coches empezaban a flotar cruzando la calle hacia la residencia y las zonas más bajas del pueblo. Luego supe que hay tres metros de diferencia de altura entre el Camino Real y mi casa. Eso también nos salvó.

Me quedé toda la noche despierta, sin luz, pendiente del nivel del agua. Tuvimos suerte y a las cuatro de la mañana se estabilizó. No subió más allá de la rodilla. A las siete ya se veía el suelo lleno de barro.

Al día siguiente, Albal parecía haber sufrido una guerra. El pueblo, a unos 300 metros cuesta abajo de mi casa, estaba destrozado. Vehículos en medio de la calle, barro y más barro. Todos caminábamos como zombis, como si no fuera real.

Fui a casa de mi madre y, como había previsto, estaban bien. Luego bajé al pueblo para ver cómo podía ayudar. No podía llorar. Dicen que hubo cinco muertos en Albal. 228 en la comarca.

Ayudamos donde y como pudimos, pero no había manos suficientes para tanta catástrofe y tanta tristeza.

Aún no he podido llorar lo suficiente. Me cuesta respirar cuando pienso en todo lo que han pasado tantas personas conocidas y las personas fallecidas que ya no están con nosotros y que podríamos haber sido nosotros mismos.

Al tercer día, había que comprar comida y no había dónde. Tampoco funcionaban los cajeros ni servían las tarjetas de crédito. Me llegó la noticia de que bandas de ladrones venidos de fuera habían saqueado los supermercados.

Con todo esto, un ejército de personas voluntarias llegó caminando cargados con comida y productos de primera necesidad. Cuando todo estaba perdido, llegaron las voluntarias para llenar nuestros corazones de esperanza.

Tardamos días en recibir ayuda de la administración autonómica. Ni una disculpa por parte del presidente autonómico, que no estuvo en su sitio el día más importante de nuestras vidas: el día en que volvimos a nacer.

Un hogar de barro

Por Laia, Castellar-l'Oliveral (València)

Todo empezó con mil mensajes de WhatsApp. Todos los amigos estamos repartidos por los diferentes Poblatos del Sud, así que cuando el agua fue llegando a cada uno de ellos, nos fueron enviando fotos y vídeos de qué estaba pasando. Castellar está al final del todo, al otro lado de la pista de Silla. Aquí no pasa nunca nada, ni bueno ni malo. Muchos amigos viven en pisos, muchos perdieron finalmente los coches, pero en ese momento tampoco lo sabíamos.

Recuerdo llamar a mis padres y hacerles bajar a mi casa. Soy un poco catastrofista, ellos lo saben, así que bajaron, para según ellos decirme que me relajara, que había llovido, sí, pero que aquí no iba a llegar el agua. Además, “tu casa tiene dos escalones, Laia”. Vivo enfrente de campos, en una calle muy amplia, en la que de verdad no tenía sentido que el agua pudiera subir efectivamente más de esos dos escalones.

Su culpabilidad aún les pesa, aunque no podríamos haber hecho nada. Cuarenta minutos después el agua llegaba a nuestra calle. Salía de debajo de las alcantarillas con una fuerza que no entendíamos, y llegaba despacio, como una olita pequeña desde el final del pueblo, desde la pista de Silla, que al parecer se había desbordado.

Intentamos poner remedio en ese momento: sacar las motos del garaje, mover los coches, pero sobre todo bloquear la puerta de casa. Bajamos ladrillos, sacos, silicona... En cuestión de quince minutos, el agua ya casi llegaba al segundo escalón. Se había llenado el campo entero, la calle, ¿el pueblo? No entendíamos nada. Mi casa estaba recién reformada, la compramos hace unos siete años, y con mucha ilusión habíamos metido todos nuestros ahorros. Nos la habían entregado en enero de 2024.

Recuerdo perfectamente el primer hilo de agua marrón que empezó a entrar por debajo de la puerta. Entré en pánico, solo podía llorar y gritar, no sabía qué recoger, qué guardar... Mi madre se quedó encerrada con nosotros, mi padre que había ido a por el coche, se quedó fuera. Mi marido empezó a recoger cosas, subirlas encima de las mesas, del banco de la cocina... Tenemos piso de

arriba, así que decidimos en una rabieta mía subir el sofá. Nuevo, gigante, muy bonito y caro... menos mal. Mi marido insistió: “Laia, tiene patas, no va a pasar nada” (las patas miden unos 5 cm). No sabíamos lo que venía, claro, pero lo subimos.

Entré a mi despacho, había tantas cosas que solo se me ocurrió cerrar la puerta y poner una toalla en el suelo... La cocina, el baño, los muebles, nuestro patio... No sabíamos todo lo que íbamos a perder. Ahora vivo con la sensación de estar preparada, lo cual me haría reaccionar mejor ante un nuevo suceso, seguro... pero es una constante angustia. Siento mi casa, mi refugio, mi “maret” completamente violado. Por muchos meses, he rechazado la idea de querer vivir aquí. Ya no sentía que esto fuera nunca más un hogar, en cualquier momento podía desaparecer.

Cuando el agua empezó a entrar por debajo de la puerta, mi marido la recogía con una fregona rápido, y la vertía en un cubo... cada vez entraba más rápido, así que yo le chillé a mi madre que fuera a por más fregonas. “¡En el patio, en el patio!” Mi madre me cogió del brazo, me giró hacia ella y me dijo: “Para, mira detrás, Laia”. Entonces vi que el agua ya estaba dentro también, estaba entrando por el sumidero del patio, por la ducha, por el baño... casi

estaba a punto de cogernos por detrás mientras nosotros mirábamos la puerta de entrada.

Todo mi suelo nuevo era un charco de barro. Pronto saltó la luz, así que tampoco pudimos hacer mucho más. Por suerte, tenemos un piso de arriba, así que mi marido dijo: “Se acabó, no podemos hacer nada más, coge el tabaco y vamos arriba”. Ahí hubo un poco de alivio, no había que seguir buscando soluciones, no había nada que hacer, así que subimos. Cogimos un par de cosas sin sentido que vimos por encima de los muebles y lo subimos.

Estuvimos hasta las cuatro y media de la mañana en el balcón. El agua a nuestras calles empezó a llegar sobre las once y poco de la noche. No pudimos dormir hasta que comprobamos que el agua no subía más escalones. Ahora parece súper improbable, pero en ese momento no sabíamos si también llegaría al piso de arriba, no entendíamos nada. Estuvimos arriba fumando, viendo la calle, hablando con otros vecinos por teléfono y vigilando la escalera, horas, hasta que el agua dejó de subir, y poco a poco todo el mundo fue desapareciendo.

Pudimos dormir hasta las siete u ocho de la mañana, no recuerdo. Sonó otra alarma. Una como la que había sonado a las veinte horas del día anterior, una alerta por lluvias torrenciales, que nunca había visto y que lo que me hizo, aquella tarde anterior, fue subir a mi terraza, despejar desagües, recoger la ropa tendida y cerrar bien el cuartito de las herramientas con varias bridas que me encontré. El cielo estaba despejado, pero si teníamos esa alarma... Esto luego resultó ser un problemón, cuando mi marido necesitaba la silicona para pegar los ladrillos a la puerta, y yo no tenía nada arriba con lo que romper las bridas que había puesto tres horas antes.

Cuando nos despertamos esa mañana, “wow”, puedo llorar con solo recordarlo. No habíamos dormido nada, y aun así nos despertamos de un brinco. Nos asomamos a la escalera, pero el agua seguía ahí. Vimos la marca en la pared blanca, había estado más alta, pero había bajado como medio palmo. Parecía que se estaba yendo, pero estaba ahí. Habría en ese momento cerca de un metro de altura. Con la luz del día me asomé: toda la planta baja estaba destrozada, el ventanal roto, la cocina, los muebles flotando... mi despacho, todo. Mi vida.

Subimos a la terraza de arriba del todo. Esperábamos que nos dijeran qué hacer, pero solo había silencio. Una neblina anaranjada, el ambiente estaba turbio y un olor a gasolina y humedad horrible. Todo seguía inundado: la calle, los campos, los vecinos. Desde arriba lo veíamos todo. Era como haberse despertado en medio de un lago de una película de terror.

Durante la noche anterior, mi madre entró en shock. Decía que cuando bajara el agua se iría con mi padre, que no podía quedarse allí. Mi padre, que había ido a por el coche, no pudo volver. Llamé para que le explicara que no podía venir a por ella. Él, completamente disociado, dijo que sí, que no se preocupara, que ahora iría. Yo pensaba: “¡Pero si no se tira por el balcón, no sé cómo va a salir!”. Diez minutos después, mi madre se quedó dormida, con chaqueta y botas, encima de una cama. Bajó de golpe la adrenalina.

Desde la terraza, por la mañana, vimos a mi padre enfrente. Nos llamó para que nos asomáramos. Se paró un coche de policía a su lado, y de repente todos salieron corriendo. “¡Laia! ¡Que viene más agua! Tenéis que salir de ahí y venir a mi casa, dicen que se ha roto una presa.” Otra vez, salimos corriendo a hacer dos mochilas, las peores mochilas que hemos hecho en nuestra vida. Un sinsentido

de cosas apiladas, como si pudieras meter una casa en dos bolsas.

Mi marido cogió al perro (un golden de 40 kg), mi madre una mochila y yo otra, y bajamos al agua. Nos llegaba por la cintura. Caminamos con cuidado, entre cosas que flotaban, sin ver nada, porque el agua era marrón. Llegamos a casa de mis padres. Estuvimos allí hasta las seis o siete de la tarde, cuando el agua ya casi se había ido y pudimos volver a casa.

Qué desastre. Desolador. No sabíamos por dónde empezar. No era solo la pérdida de dinero, la reforma nueva, los muebles... eran los recuerdos. Las fotos de nuestra boda, mi caja de recuerdos de pequeña, una cajita que me dio mi abuela con fotos de toda la familia antes de morir... El miedo, el dolor, la desesperación, no saber qué va a pasar, cómo se va a solucionar, no entender nada.

Luego tuvimos que aceptar que, pese a todo, éramos afortunados. Aquí el agua no llegó con fuerza, sino por desbordamiento, poco a poco. No tuvimos que lamentar ninguna pérdida personal. Pero la tristeza era profunda. Fueron semanas de

sacar barro, quitar muebles, ayudar a vecinos, estar sucios, sin saber qué día era. Era el día de la marmota.

Y a la vez, no podías quejarte. Había gente que había perdido mucho más. Pero yo no podía evitarlo. ¿Ahora qué? ¿Nosotros qué? ¿Cómo íbamos a recuperarnos? ¿Cómo íbamos a volver a la normalidad y sobre todo CUÁNDO?

Escribo estas líneas a 18 de septiembre de 2025. Y aún seguimos esperando que vengan los obreros a terminar la parte de abajo. Está habitable desde hace un par de meses, más o menos como antes... pero no será como antes.

Mi madre me dijo una frase que me encantó: “Laia, cuando te digan que habéis tenido suerte y que hay gente que ha perdido mucho más, les dices que tú a ellos no les pides que den gracias por no haber ido en el Titanic.” Y así es. Podíamos relativizar, pero no dar gracias por lo que nos había tocado.

En esas primeras semanas, nuestros trabajos lo entendieron y pudimos estar aquí. Era horrible, pero también sanador. Estábamos todos igual. El que no tenía una manguera, tenía una

súper escoba. El que aún tenía coche, iba a comprar para todos. Éramos una comuna. Los vecinos de la calle volvimos a hace 50 años. Quedamos, nos saludamos, salimos a tomar la fresca juntos. Nos hemos hecho vecinos como antes. Y eso es lo único bonito que puedo sacar de todo esto.

Todavía hoy paseo por el pueblo y voy fijándome en qué marcas quedan. ¿Hasta dónde llegó aquí? ¿Aquí entraría el agua? Comprando los nuevos muebles de la casa, los iba eligiendo pensando: ¿este si se moja se perderá?

De como el pueblo salvó al pueblo

Por Vicente, Castellar-l'Oliveral (València)

Era martes, 29 de octubre. Un día que comenzó con una calma engañosa en Castellar-l'Oliveral. El cielo estaba despejado, la brisa era suave, y no caía ni una gota de lluvia. Parecía un día cualquiera. Pero las noticias empezaban a inquietarme. Informaban de lluvias torrenciales en el interior de la Comunitat Valenciana: Chiva, Utiel, Siete Aguas... Barrancos desbordados, pueblos anegados. Y aquí, junto al mar, todo seguía en calma. Demasiada calma.

A mediodía, el perfil cambió. Las tormentas del interior empujaban el agua hacia la costa. Los pantanos se llenaban a una velocidad alarmante. Las noticias eran confusas, contradictorias. No llovía en Valencia, pero todo indicaba que algo grave estaba por venir. El aire se volvía más denso, como si el cielo contuviera la respiración.

A las seis de la tarde, pueblos cercanos como Turís y Ribarroja ya sufrían el desbordamiento de sus barrancos. Y entonces llegó lo peor. Toda el agua acumulada en el interior se concentró en la presa de Forata. Recibió tal cantidad que se desbordó por su parte más alta. Las autoridades, superadas por el miedo a que la presa reventara, tomaron decisiones precipitadas. Abrieron las compuertas sin orden, liberando un caudal descomunal que fue a parar al barranco del Poyo.

Lo que siguió fue una cadena de inundaciones: Aldaia, Torrent, Alaquàs, Chirivella, Benetússer, Paiporta, Massanassa... Todos bajo más de metro y medio de agua. Y yo, en casa, viendo cómo el peligro se acercaba. El miedo se instaló en el cuerpo como una sombra que no se despega.

Aquella noche tenía turno de noche en mi trabajo, ubicada en Massanassa, justo al lado del barranco del Poyo. Preocupado, llamé a un compañero:

—Hola Vicente, estoy viendo las noticias... ¿Cómo está el tema por ahí?

Su respuesta fue un mazazo:

—Bayona, llama a la policía, a los bomberos, a quien sea. La fábrica está completamente inundada. No hay luz. Estamos tres subidos en lo alto de una valla para que no nos arrastre el agua. Los coches se los ha llevado la corriente. Ni los vemos.

Me quedé paralizado. ¿Qué podía hacer? Las imágenes en televisión mostraban el barranco desbordado en Païporta, una rotonda inundada, coches flotando. El miedo se convirtió en angustia.

A las 20:15, la Generalitat emitió el famoso mensaje de alerta a todos los móviles: “No salgan de casa”. Cinco horas tarde. Cinco horas que costaron vidas. La negligencia fue evidente. La impotencia, absoluta.

A las 23:00, el agua empezó a entrar por mi calle. Al principio parecía poca cosa. Los coches estaban en la planta baja, el caudal era leve. Pero cuando el agua llegó a la pista y no pudo avanzar, retrocedió con fuerza. En media hora, cubría las ruedas de los coches. La torreta de luz estalló con un estruendo y nos dejó sin electricidad durante dos días. El silencio que siguió fue ensordecedor.

Al amanecer, el panorama era desolador. Barro por todas partes. Coches cubiertos de agua. Contenedores volcados. Un auténtico drama bélico. Cuando recuperamos la luz, pudimos entrar en la planta baja. Los coches estaban llenos de agua hasta los asientos. Todo lo que estaba en zonas bajas, perdido. Tres días sin parar de limpiar. Las calles se llenaron de muebles, colchones, enseres. Torres de trastos. Nunca había visto tanta desolación. Te daban ganas de llorar.

El lunes siguiente fui a la empresa. Pensaba que en mi pueblo había visto lo peor. Qué equivocado estaba. En el camino, todo eran sirenas: policía, bomberos, protección civil. Cada metro de carretera era más aterrador. Coches volcados, apilados unos sobre otros, barro, maleza, cañas. Las imágenes más duras que he visto en mi vida.

Al llegar, mis compañeros estaban allí. A pie. Habían perdido sus coches, sus motos. Sus pueblos eran montañas de barro y vehículos. Sin luz, sin comercios. Dentro de la fábrica, las máquinas sumergidas en metro y medio de barro. Materiales

destrozados. Maleza por todos lados. Tardamos cuatro meses en empezar a ver algo parecido a lo que era antes.

Y sin embargo, en medio de esta tragedia, hubo algo que brilló con fuerza: la solidaridad. Si hay una frase que resume todo lo vivido es esta: El pueblo salva al pueblo.

Fue la ciudadanía, los amigos, vecinos, incluso los desconocidos, quienes se volcaron en ayudar. Ropa, comida, lo que hiciera falta. Gente de toda España llegó en autobuses, en coches, sin saber lo que se iban a encontrar. Pero no les importaba. Querían ayudar. Querían poner su granito de arena.

Nunca había visto un despliegue así: víveres, ropa, alimentación, cuidados para bebés. Un esfuerzo colectivo impresionante. Y todo, sin esperar nada a cambio. Jóvenes que llegaban sin conocer a nadie, sin saber dónde dormir, pero con una voluntad férrea de ayudar. Esa fue la luz en medio del barro.

Hoy, meses después, seguimos preguntándonos qué habría pasado si el mensaje de alerta se hubiera enviado cinco horas antes. Quizá 228 personas seguirían vivas. Quizá se habrían evitado

muchas muertes en garajes, carreteras, calles. Quizá el dolor sería menor.

Pero lo que no se puede borrar es la memoria. Y en esa memoria, junto al barro y la destrucción, también vive la esperanza. La que nos dimos unos a otros. La que nos mantuvo en pie. La que nos recuerda que, cuando todo falla, el pueblo está ahí.

La carretera del silencio

Por Raúl, València

No todas las historias que nacen en medio de una catástrofe terminan en tragedia. Algunas, como la mía, acaban relativamente bien. Pero eso no significa que no duelan. Que no dejen cicatrices. Que no se queden grabadas en la memoria como una película que se repite cada vez que el cielo se oscurece más de la cuenta.

La DANA del 28 de octubre de 2024 fue uno de esos episodios que dividen el tiempo en dos: antes y después. Y aunque mi historia no tuvo pérdidas materiales ni heridas físicas, sí tuvo algo que me cambió para siempre: el miedo a perder a los que amo.

Todo comenzó en Murcia. Había viajado por trabajo y me alojaba en un hotel. La noche anterior, la tormenta descargó con furia. Truenos que parecían romper el cielo, ráfagas de viento que

hacían temblar los cristales, y una lluvia que no cesaba. Me dormí con el sonido del agua golpeando el mundo. Pero al despertar, el día parecía otro. El cielo estaba despejado, el aire tranquilo. Como si la tormenta hubiera sido solo un mal sueño.

Viajaba con un compañero. Él, más prudente, me propuso quedarnos una noche más. Había leído que la DANA iba a golpear con fuerza Valencia. Pero el tiempo nos engañó. El sol brillaba, la carretera estaba seca. Decidimos volver.

El viaje comenzó sin incidentes. Pero a medida que avanzábamos, los mensajes empezaron a llegar. Fotos, vídeos, audios. Familiares y amigos desde Cheste me enviaban imágenes de calles convertidas en ríos, coches flotando, casas rodeadas de agua. Pensé que era algo puntual. En Cheste se juntan tres barrancos, y cuando llueve fuerte, el agua baja con violencia. Pero esta vez era diferente.

Fue al llegar a la altura de l'Alcúdia cuando la realidad nos alcanzó. Una caravana de coches detenidos, sin saber qué hacer. Nuestro carril estaba seco, pero el que iba hacia Alicante estaba

medio sumergido. Eran las cinco de la tarde. Y mi cabeza empezó a girar.

Mis padres viven en un chalet en Vilamarxant. Mi abuela y muchos amigos, en Cheste. Mi hermano, en Paterna. Abrí las noticias y lo que vi me heló la sangre: Valencia estaba siendo arrasada por el agua. Lo primero fue llamar a mi madre. Estaba bien. Luego intenté contactar con mi abuela, pero en Cheste ya no había cobertura. Silencio. Y mi padre... mi padre se había ido a un entierro. Nadie sabía dónde estaba.

Le pedí a mi hermano que lo buscara. Que cogiera el coche y lo encontrara, donde fuera. Mientras tanto, la lluvia no cesaba. El agua del carril inundado seguía subiendo. Y mi madre, al otro lado del teléfono, escuchó una frase que aún hoy recuerda con escalofríos: “El carril de al lado se está inundando”. Luego, se cortó la llamada. Silencio otra vez.

Durante horas no supe nada de nadie. El coche detenido, la lluvia golpeando el techo, y yo atrapado entre la incertidumbre y el miedo. Hasta que sonó el teléfono. Era mi hermano. Había encontrado a mi padre. Estaba atascado en un barranco, con el

coche hundido en el barro. Pero estaba vivo. Ya estaba con mi madre. El alivio fue inmenso, pero el problema ahora era yo. No podía llegar a Valencia. Y mi madre, con esa frase clavada en la mente, no sabía si volvería a verme.

A las once de la noche, nos desalojaron de la carretera. Nos pidieron que no intentáramos volver a Valencia. Que durmiéramos donde pudiéramos. Así lo hicimos. Encontramos un hotel en Aielo de Malferit, el pueblo de Nino Bravo. Allí pasamos la noche, con la incertidumbre como única compañía.

No sabíamos si podríamos volver al día siguiente, si las carreteras estarían abiertas, si Valencia seguiría en pie. Al amanecer, decidimos arriesgarnos. Gracias a la app de la DGT, fuimos trazando un camino entre carreteras secas, evitando las zonas más afectadas. Llegamos a Cullera. Ya olíamos a casa. Pero lo que vimos nos dejó sin palabras.

La entrada de Cullera estaba inundada. Los cañares arrancados por la fuerza del agua, esparcidos por los arrozales como si fueran restos de una batalla. Pudimos pasar, pero sabíamos que el paisaje que nos esperaba no sería el de siempre.

Tomamos la carretera antigua de la Albufera. El agua rodeaba el asfalto, amenazante, pero no lo había cubierto. Apenas unos milímetros separaban la carretera de la inundación. Ese tramo fue la salvación para todos los que, como nosotros, queríamos llegar a Valencia sin saber cómo.

Poco a poco, cruzando pueblos y extensiones de agua, llegamos al Saler. Tocaba tomar la autovía de entrada a Valencia. Subimos el puente que cruza el cauce nuevo del Turia. Y allí, la imagen más impactante: el cauce lleno de agua, a punto de desbordarse. Un monstruo líquido que rugía bajo nuestros pies.

Y por fin, Valencia. Mi ciudad. Mi tierra. Destrozada, pero viva. Lo primero que hice fue convencer a mi hermano para que me llevara a ver a mis padres en Vilamarxant. El camino fue otro viaje de asombro. El cauce del Turia, a su paso por los pueblos, parecía haber sido arrancado por un gigante. La tierra abierta, desgarrada. Nunca había visto algo así.

Al llegar, me reencontré con mi madre. Nos abrazamos. Lloramos. Después de tres días de angustia, estábamos juntos. A salvo. Mi padre, mi madre, mi hermano y yo. La familia reunida.

Con el paso de los días, las noticias de Cheste fueron llegando. Mi abuela estaba bien. Mis amigos, también. Todo quedó en un susto amargo. Pero el sabor de ese susto aún permanece.

La normalidad volvió lentamente. Pero no del todo. Cheste perdió cinco puentes de acceso. Hoy, solo han reconstruido dos. El resto sigue siendo cicatrices abiertas en el paisaje.

Volveremos a ser como antes, dicen algunos. Yo no lo creo. Esta DANA nos dejó una huella que no se borra. Una marca en la memoria, en el corazón, en la tierra. Aprendí que la gente importante se cuenta con los dedos de la mano. Y que lo esencial no siempre se dice a tiempo. Por eso, desde aquel día, aprendí a decir “te quiero” sin esperar a que el cielo se rompa.

El muro vencido

Por Laura, Chiva

El 29 de octubre de 2024 amaneció como un día extraño. La lluvia caía con insistencia desde primera hora, como si el cielo tuviera algo que decirnos y no supiera cómo parar. Era mucha, sí, pero en Chiva estamos acostumbrados a los caprichos del tiempo. Nadie imaginaba lo que estaba por venir.

Me llamo Laura Casanova, tengo 25 años y desde hace cuatro dirijo una tienda de regalos artesanales y ropa personalizada. Es un negocio familiar, construido con cariño por mis padres hace años, y que ahora es mi proyecto, mi sueño, mi día a día. Aquella mañana trabajé como siempre, atendiendo clientes, organizando pedidos, sin sospechar que ese día marcaría un antes y un después.

A media mañana, mi prima Noha me llamó desde el instituto. Estaba asustada. La lluvia no cesaba y le daba miedo volver andando a casa. Fui a recogerla. El agua ya empezaba a acumularse en las calles, pero aún no parecía peligrosa. Mi pareja y yo decidimos quedarnos en casa el resto del día. Vivimos en un barrio cercano al

barranco, pero en una zona alta, aparentemente segura. Nunca pensé que viviría algo parecido a lo que mis padres contaban sobre la riada del 83. Aquellos relatos siempre me parecieron exageraciones de otra época. Hasta ese día.

A las seis de la tarde, me asomé por la ventana. Las vías del tren, que están pegadas a nuestra casa, parecían una piscina olímpica. El muro que contenía toda esa agua era viejo, desgastado por los años. Mientras ayudábamos a un vecino a retirar su moto de la calle, el muro reventó. No hubo aviso. Solo un estruendo, una ola gigante que se abalanzó sobre nosotros, arrastrando todo a su paso.

El agua llegó hasta nuestra puerta en segundos. El susto fue inmenso. Nos pusimos a sacar agua por la parte trasera de la casa, a oscuras, porque la luz se fue casi de inmediato. La lluvia seguía cayendo con fuerza. No sabíamos qué hacer. No había tiempo para pensar, solo para actuar. Horas después llegó la alarma oficial. Tarde. Muy tarde. Ya estábamos metidos en la pesadilla.

Hasta la una de la madrugada estuvimos luchando contra el agua. Cuando por fin la lluvia empezó a ceder, llegó el silencio. Y con él, el miedo. ¿Qué había pasado con los coches arrastrados por

el barranco? ¿Con la gente que iba por la calle? ¿Con mi madre, que estaba trabajando? ¿Con nuestra tienda, situada en la parte baja del pueblo, justo al lado del barranco?

En ese momento llegó mi padre. No sabía nada de nosotras desde la última llamada, cuando le contamos que el agua estaba entrando en casa. Nos encontró bien, dentro de lo que cabe. Se quedó un rato, nos abrazó, y volvió a casa para esperar el amanecer.

A las seis de la mañana, sin haber dormido, volvió. Esta vez sin palabras. Había recorrido el pueblo con la luz del día. Lo que vio lo dejó sin aliento. Fuimos juntos hacia la tienda. El camino que lleva hasta allí bordea el barranco. No puedo describir lo que sentí al ver el paisaje. Casas derrumbadas, garajes inundados, coches apilados unos sobre otros, aplastados como si fueran de papel. El silencio era absoluto. Chiva es un pueblo pequeño, nos conocemos todos. Y ese día, nadie hablaba. Solo mirábamos.

Cuando llegamos a la tienda, el golpe fue brutal. 1,65 metros de agua y barro lo habían destrozado todo. Mi trabajo, mi esfuerzo, mi ilusión. Todo arrasado. Justo cuando empezaba a despegar, cuando sentía que el proyecto tomaba forma. Me quedé paralizada.

Sabía que había cosas peores: perder una casa, perder una vida. Pero el chafón fue inevitable. Era mi lugar, mi espacio, mi sueño.

A las siete de la mañana empezaron a llegar los tractores. Y con ellos, la gente del pueblo. Amigos, vecinos, conocidos. Algunos con los que apenas había cruzado palabras. Todos ayudando. En la tienda, en las casas. La solidaridad fue inmediata, espontánea, inmensa. Nunca podré agradecer lo suficiente a los voluntarios, a mi familia, a mis amigos. Estuvieron ahí desde el minuto cero.

Durante días trabajamos sin parar. Vaciamos la tienda, limpiamos, reconstruimos. Las ayudas llegaron: públicas, privadas, familiares. Cada gesto, cada mano, cada palabra de aliento fue un ladrillo en la reconstrucción. Poco a poco, fuimos recuperando lo perdido. No todo, claro. Las fotos, los recuerdos, los objetos únicos se fueron con la DANA. Pero lo esencial volvió. Y con más fuerza.

En enero de 2025, reabrimos. Una nueva normalidad. Diferente, sí. Pero nuestra. La tienda volvió a llenarse de vida, de color, de gente. Y yo volví a creer.

Contar esta historia es mi forma de decir que lo que pasó aquel día no debe olvidarse. Que la memoria es también una forma de reconstrucción. Aprendí que nada material es más importante que una vida. Que todo, con tiempo, esfuerzo y ayuda, puede volver a la normalidad. Y que, cuando el muro se rompe, lo que nos salva es la gente que corre a sostenernos.

Gracias, Chiva. Gracias por no dejarme sola.

Algrà, refugio creativo

Por Elías Taño, Alfafar

Aún hoy, cuando cierro los ojos, puedo escuchar el rugido del cielo.

No era una tormenta cualquiera: era un sonido denso, un murmullo que se transformaba en grito, como si el aire se fuera a romper. La DANA se anunciaba desde lejos, y cuando llegó, lo hizo como un monstruo de agua que no dejaba opción a nadie.

La huerta de Alfafar se volvió gris. El agua borró los colores de los naranjos, de las acequias, de los cañares. Y allí, en medio de esa tierra que huele a barro y a historia, estaba Algrà, nuestra nave. Una vieja nave agrícola que habíamos convertido en refugio creativo, un espacio donde las ideas se sembraban como semillas. Las paredes, descascarilladas pero llenas de vida, guardaban nuestra energía, nuestras ilusiones.

En Algrà convivíamos mundos distintos, pero hermanos: compañías de teatro y de circo que guardaban allí su escenografía, malabares y trajes; proyectos colectivos que estaban naciendo; y mi pequeño taller de serigrafía, que era mi santuario. Allí estaban mis pantallas, mis tintas de colores, mis carteles apilados. Pero sobre

todo, estaban mis cuadernos: más de veinte años de libretas de dibujo, mi archivo de pensamiento y trazo.

"Esas libretas eran mi memoria", pienso ahora. "Cada una era un pedazo de mi historia, de mis dudas, de mis hallazgos. No eran solo dibujos: eran el rastro de quién he sido".

Paradójicamente, Algrà estaba en pleno proceso de renacer. Hacía apenas unas semanas habíamos cerrado un crowdfunding para reparar el suelo. Cada aportación era un gesto de confianza, y el trabajo ya estaba hecho: el suelo nuevo brillaba como promesa de futuro. El espacio empezaba a vibrar de nuevo. Teníamos planes, ganas, una ilusión colectiva que se podía respirar.

Pero la DANA no entiende de promesas.

El agua entró con violencia, trepó por las paredes, rompió las puertas, convirtió nuestro flamante suelo en una balsa de fango. En pocas horas, años de trabajo quedaron deshechos. Las escenografías de circo flotaban como restos de naufragio, mis tintas se deshacían en el barro, creando ríos de color que parecían burlarse de nosotros.

"Recuerdo abrir una de mis libretas y ver cómo las páginas se deshacían en las manos", cuento a quien me escucha. "Fue como ver cómo se borra tu vida frente a ti, sin poder hacer nada. Y aún así, ni siquiera tuve tiempo de llorar. Había que rescatar lo que se pudiera. Sacar barro, secar herramientas, intentar salvar algo de aquel caos."

Cuando la tormenta amainó, lo único que quedó fue el silencio. Un silencio espeso, roto por el goteo del agua que caía de las vigas. La urgencia era volver a poner en pie el lugar, no había espacio para el duelo ni para la reflexión. Solo después, días más tarde, entendí la magnitud de lo perdido.

"Solo en libretas de dibujo he perdido más de veinte años de trabajo", repito una y otra vez. "Para un dibujante, eso es como perder una parte de tu memoria. De repente, tu historia queda borrada."

Y aun así, Algrà no se rindió.

En medio del fango empezamos de nuevo. Vinieron amigas y amigos, artistas, vecinas. Limpiamos, levantamos, pintamos. Cada

día era un pequeño acto de resistencia. Lo que la DANA había arrasado se convirtió en otra cosa: en un grito colectivo de que estábamos vivos.

Hoy Algrà sigue en pie, con sus cicatrices bien visibles. Cada mancha de humedad en la pared es un recordatorio de lo frágil que es todo, pero también de lo fuerte que puede ser la creatividad cuando decide levantarse.

"Si algo aprendí de aquel día", digo ahora, "es que lo material se pierde, pero la energía de la gente, de la comunidad, es lo que sostiene los lugares. Algrà no es solo un edificio: es la suma de quienes creemos que este espacio tiene que seguir existiendo."

Porque, a pesar de todo, Algrà sigue siendo lo que siempre fue: un lugar donde las ideas se siembran, crecen y vuelven a florecer.

El rugido de Algarrama

Por Luis Miguel, Cheste

Aquel 29 de octubre no empezó como un día cualquiera. Desde temprano, el aire tenía algo distinto. No era solo humedad: era una vibración sorda, un murmullo que parecía venir del cielo, como si el mundo entero estuviera a punto de decirnos algo que no queríamos escuchar. No era el típico día de lluvia. Era otra cosa. Una inquietud que se colaba por las rendijas de las ventanas, que se posaba en la piel como una advertencia.

Me desperté tarde, sobre las once. Afuera, la lluvia ya había empezado a caer con insistencia. No era una tormenta cualquiera. Era una presencia. Un cuerpo. Un animal invisible que se deslizaba por los campos, por los tejados, por los barrancos. No era el agua que riega, ni la que limpia, ni la que calma. Era el agua que avanza con hambre, que no pregunta, que no se detiene.

A las once y media, bajé al río. No por imprudencia, sino por necesidad. Quería ver. Quería entender. Quería saber si lo que sentía en el pecho tenía forma. El barranco del Poyo, que serpentea junto a mi casa, rugía como nunca. El agua bajaba con una furia que parecía tener memoria, como si recordara cada piedra, cada curva, cada herida del terreno. Un afluente se desbordaba, y yo, sin saberlo, estaba demasiado cerca. En el segundo vídeo que grabé, se ve cómo

el agua casi me atrapa por la espalda. Fue cuestión de segundos. Salté tres campos para volver. El corazón me latía en la garganta.

A las doce y media, el agua ya había empezado a entrar en casa. Vivo en una casa baja, pegada al barranco. El único en la zona que vive así. Los demás están más altos, más seguros. Yo estoy en la línea de fuego. En la frontera entre el cauce y la vida cotidiana. Y ese día, esa frontera se desdibujó.

La primera lengua de agua pasó de largo. Pero algo me decía que no era el final. Que lo que había visto era solo el prólogo. Mi madre y yo nos quedamos dentro, vigilando. Ella se quedó dormida, como si el cuerpo supiera que necesitaba fuerzas para lo que vendría. Yo no podía dormir. El cielo no paraba de llorar. Y el silencio de los animales me inquietaba. No se oían pájaros. Los gatos del barrio, que siempre merodean por los tejados, habían trepado a la montaña. El aire estaba quieto, pero no en paz. Era una calma que dolía.

Fue entonces cuando apareció mi vecino. Vive en lo alto, en una casa que parece mirar el valle desde la distancia, como si supiera que algún día el agua querría reclamar lo que es suyo. Él bajó hasta donde pudo, hasta el borde del camino, y me llamó. Yo subí por los

campos, esquivando charcos que ya no eran charcos, sino espejos turbios donde se reflejaba un cielo cada vez más oscuro. El camino de entrada y salida estaba bloqueado. Todos los vecinos atrapados. Nadie podía entrar. Nadie podía salir.

Desde lo alto, mi vecino me lanzó las llaves de su casa. Un gesto simple, casi silencioso. Pero en ese instante, fue como si me hubiera lanzado una cuerda desde un barco en mitad del naufragio. Las cogí al vuelo. Ese gesto, tan pequeño, nos salvó la vida.

Volví a casa. Mi madre seguía dormida, ajena al rugido que se acercaba. Eran las cuatro de la tarde. La desperté con suavidad, pero con urgencia. Le dije: “Despierta. Vámonos. Esto se va a liar muy gorda.” No sabía por qué lo decía. No tenía datos, ni imágenes, ni certezas. Pero lo sentía. Era como si el aire me hablara. Como si el silencio fuera una señal. Como si el mundo estuviera conteniéndose antes de romperse.

Por la mañana, ya había intentado sacar los coches. Uno de ellos, el más pequeño, lo arrastró el barranco como si fuera una hoja seca. Desapareció. El otro, un todoterreno, lo había logrado subir a casa de mi vecino. Para hacerlo, tuve que abrir camino con una pala,

quitando barro, ramas, piedras, todo lo que la DANA ya había empezado a mover. Fue como abrir paso en medio de una guerra. Cada palada era una batalla. Cada metro ganado, una victoria.

A las cuatro y media, llegamos a la casa de mi vecino. Subimos con mi madre y las perras. Pensamos que estábamos a salvo. En la montaña, lejos del barranco. Lejos del agua que ya había empezado a devorar el pueblo. Abrí las puertas, metí el coche, las perras dentro. Me senté en el sofá, me quité las zapatillas. Salimos con lo puesto. Nada más. Ni ropa de recambio, ni comida, ni recuerdos. Solo nosotros.

Y entonces, el agua volvió.

No por el barranco. No por el río. Sino por la montaña. Todo lo que llovía en lo alto bajaba como cascadas. Se coló dentro de casa. Entró por debajo de la puerta, como si supiera que allí había refugio. Como si quisiera decirnos que no había lugar seguro.

Tuve que subir a mi madre al altillo de la barraca. Ella temblaba. Yo arranqué una puerta, la clavé delante de la entrada, como si fuera un dique improvisado. El agua me llegaba a las

rodillas. Achicaba como si estuviera en un barco antiguo, intentando que no se hundiera. Cada cubo de agua que sacaba era una declaración de resistencia. No contra la naturaleza, sino contra el olvido.

Durante cuatro horas, luchamos contra el agua. El cielo era una cortina negra. El viento silbaba como si arrastrara voces. A las ocho y cuarto, cuando todo parecía calmarse, sonó el móvil. Era la alarma de emergencia. Tarde. Muy tarde. Ya lo habíamos vivido todo. Ya habíamos sentido el miedo, la impotencia, la fragilidad.

Abrí la puerta. La casa se vació. Los sofás flotaban como barcas sin rumbo. El agua salía como si el edificio respirara por fin. Salí al camino. El cielo estaba negro. Pero cuando caía un rayo, todo se iluminaba. La Algarrama, mi zona, parecía el infierno. El río se había desbordado. El lodo lo cubría todo. Vi pasar una caravana por el medio del río. Vi un coche. Me pareció ver a alguien dentro. Todo en segundos. Todo bajo la luz de un relámpago.

Y aún no había terminado.

La noche cayó como una losa. No como un manto suave, sino como una tapa de plomo sobre nuestras cabezas. En la casa de mi vecino, pensábamos que habíamos encontrado refugio. Pero la DANA no distingue entre alturas ni esperanzas. No le importa si estás en la ladera o en el llano, si tienes miedo o si crees que estás a salvo.

En mitad de la madrugada, escuchamos un gemido profundo, como si la tierra se quejara. Era el árbol que mi vecino tenía plantado frente a la casa. Un gigante de madera que había resistido décadas de viento y sol. Lo oímos crujir. Y luego, caer. Menos mal que se desplomó hacia el otro lado. Si hubiera caído hacia nosotros, me habría partido en dos. Estaba justo en la puerta.

Las comunicaciones estaban cortadas. A las siete y media de la tarde, antes de que todo se perdiera, mi vecina me envió una foto. Fue la última señal que recibí hasta las cuatro de la mañana. En esa imagen, el agua ya había alcanzado niveles imposibles. Y detrás de su casa, por el campo, pasó un container. Uno de esos grandes, como los de los barcos. Un vecino los tenía almacenados. Uno de ellos casi atravesó su casa de lado a lado. De milagro no les pasó nada.

La noche siguió. Larga. Silenciosa. Infinita.

Y cuando por fin amaneció, lo que vimos fue la confirmación de todo lo que habíamos temido. El mundo había cambiado. La tierra estaba herida. Casas destruidas, caminos borrados, árboles arrancados, coches volcados. Helicópteros sobrevolaban la zona. Equipos de rescate llegaban por fin. Pero yo estuve cinco días encerrado. Cinco días sin poder salir. Cinco días en los que el tiempo se detuvo y el miedo se hizo rutina.

Con el agua al cuello

Por Alex.M, Albal

Eran las 18:30. Tenía la barbería abierta, como cualquier otro día, y aunque el cielo llevaba horas amenazando, nadie imaginaba lo que estaba por venir. De pronto, el ambiente cambió. Se empezó a notar el caos en el aire, como si algo invisible estuviera desordenando el mundo. Los coches comenzaron a circular en dirección contraria, algunos con las luces encendidas y los conductores con la cara desencajada. Los vecinos salían apresurados, aparcando en zonas altas, intentando salvar lo que podían. El agua, al principio tímida, empezó a cubrir la carretera con una rapidez que parecía imposible. Todos nos quedamos paralizados, como hipnotizados, viendo cómo avanzaba con una fuerza brutal, arrastrando ramas, bolsas, piedras, y más tarde, muebles y coches. En cuestión de minutos, el barrio se transformó en un escenario irreconocible, como si una ola gigante hubiera caído del cielo.

Dentro del local, el ruido del agua golpeando las paredes y el cristal del escaparate me hizo dudar. No sabía si quedarme allí, esperando que todo pasara, o cerrar e intentar llegar a casa antes de que la situación se volviera más peligrosa. El instinto me empujó a cerrar. Cogí lo justo y salí. Pero apenas quince minutos después, el

agua ya me llegaba a la cintura. Las calles eran ríos, y cruzarlas se volvió imposible. El agua tenía corriente, fuerza, vida propia. Cada paso era una lucha.

El teléfono no paraba de sonar. Amigos, familiares... todos querían saber dónde estaba, si estaba bien. Yo apenas podía responder. Los que nos quedamos en la calle —gente que había bajado a salvar el coche, comerciantes, vecinos— nos agrupamos en una zona donde la corriente era menos intensa. Nos mirábamos sin saber qué hacer, con el agua subiendo centímetro a centímetro. Los portales estaban cerrados, y la presión del agua los hacía imposibles de abrir. Algunos intentaban golpear las puertas, otros gritaban. Yo acabé subido a un coche, con el agua al pecho. No tenía miedo, al menos no en ese momento. Solo pensaba en cómo ponerme a salvo, en cómo salir de allí. No podía creer lo que estaba pasando. Era como estar dentro de una pesadilla, pero sin poder despertar.

A las 20:11 sonó la alarma. Un sonido agudo, cortante, que me atravesó el cuerpo. Tenía el agua al cuello. Literalmente. Y aún así, no había señales de ayuda, ni sirenas, ni socorro. Solo nosotros, intentando sobrevivir.

De repente, una puerta de portal se rompió por la presión y pudimos entrar. Fue como una liberación. Para llegar hasta allí tuvimos que saltar coches, esquivar muebles flotando, agarrarnos unos a otros. Recuerdo ir de la mano de una chica que lloraba sin parar, temblando, con la mirada perdida. Una vez dentro, subí a la azotea buscando cobertura. Necesitaba avisar a mi familia de que estaba bien. Era lo único que me importaba en ese momento.

Desde allí vi mi barbería. Cuatro meses llevaba abierta. Cuatro meses de esfuerzo, ilusión, inversión, sueños. Y la estaba viendo desaparecer por el escaparate. El agua entraba como si el local no tuviera puertas, como si todo lo que había construido no significara nada. Me rompí. Lloré sin parar mientras hablaba por teléfono con mi pareja. No podía contenerme. Los vecinos del edificio intentaban calmarme, me ofrecían mantas, palabras, compañía. Pero yo solo podía mirar desde la azotea cómo el agua se lo llevaba todo. Y con ello, una parte de mí.

Pasé horas allí, observando. Desde la azotea, el mundo parecía detenido, como si el tiempo se hubiera rendido ante la fuerza del agua. A las tres de la mañana, noté que el nivel empezaba a bajar. Era imperceptible al principio, pero suficiente para darme

esperanza. Cuando ya se podía caminar, bajé con cautela. Quería ver cómo estaba la calle, si podía acceder a la barbería. El trayecto fue surrealista: salté entre coches apilados, muebles flotantes y cañas que parecían haber brotado del asfalto. Llegué. O eso creí.

Entré por el escaparate... aunque llamarlo barbería ya no tenía sentido. Lo que había sido mi sueño, mi proyecto, mi espacio, era ahora una mezcla informe de barro y escombros. No quedaba nada reconocible. Ni siquiera las paredes. El agua había arrasado con todo y se había fundido con el local de al lado, como si la riada hubiera decidido borrar los límites, las fronteras, las identidades. El barro me llegaba a las rodillas. Y el silencio, ese silencio espeso, me envolvía como una manta húmeda.

Volví como pude al edificio. Decidí que tenía que llegar a casa. No sabía cómo estaban las calles, pero desde la azotea solo veía montañas de coches, muebles, barro y cañas. Me arriesgué. Los vecinos me decían que no lo hiciera, que esperara al amanecer, que podía venir otra tromba. Pero yo necesitaba ver a mi pareja. Era una necesidad visceral, más fuerte que el miedo.

Saltando entre restos, llegué a una avenida ancha sin barro. El agua había corrido y se podía avanzar. Pero aquello parecía el escenario de una película de terror: coches empotrados en tiendas, autobuses destrozados en mitad de la carretera... El barrio era una masacre. Cada paso era una mezcla de incredulidad y dolor. Tardé 40 minutos en hacer un camino que normalmente me lleva 20. Pero cada minuto valió la pena.

El reencuentro con mi pareja fue lo más sanador que he vivido. Me devolvió la calma entre tanto caos. Nos abrazamos largo rato, sin palabras. Solo el contacto, la certeza de que estábamos vivos, juntos. Al amanecer, bajamos juntos a la calle para intentar llegar a la barbería. Nunca olvidaré esa sensación. La calle estaba llena de gente, todos en silencio, sin palabras. Lo que veíamos era indescriptible. Y en ese silencio compartido, entendí que no solo se había inundado el barrio, también nuestras certezas, nuestras rutinas, nuestra idea de seguridad.

Me animaron mis amigos a contar esta historia, aunque me costó. Se removieron mil sentimientos, más aún al acercarse la fecha. Pero hacerlo me ayudó a entender lo que realmente aprendí aquella noche: que la vida puede cambiar en un instante, sin previo aviso.

Desde entonces, no dejo para mañana lo que puedo hacer o decir hoy. Digo sí a cualquier plan que me apetece. Valoro lo que tengo en cada momento. Porque lo que importa no es lo que se pierde, sino lo que permanece: las personas, los vínculos, la capacidad de seguir adelante. Y eso, ni el agua más brava puede arrastrarlo.

—A l'horta?
—No, a fer poble!



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE DERECHOS SOCIALES, CONSUMO
Y AGENDA 2030

SECRETARÍA DE ESTADO
DE DERECHOS SOCIALES

